

EL PRODIGIOSO «CASTILLO» DE NOGUERA (NOTAS Y DOCUMENTOS)

José M. Vilar Pacheco

El *prodigioso* «Castillo» de Noguera, como lo calificó Bernardo Zapater (1883), es más bien un islote o pitón de riolita, es decir, una roca de origen magmático, procedente de remotas erupciones volcánicas, que desafía en solitario las alturas que jalonan el camino que sube al Puerto en uno de los extremos del Macizo del Tremedal. El nombre más conocido, quizá por los indicadores viarios, es el de *Peña del Castillo*, llamada en ocasiones *Piedras del Castillo* y *Punta Aguda*. La formación rocosa se encuentra en una curva pronunciada de la carretera A-1512 (Caudé-Orihuela) entre los quilómetros 57 y 58, según las marcas viarias, o alrededor del 29, según otras cartas. La peña y su entorno prodigioso (ahora sin resaltar el adjetivo) son territorio de la soledad atávica o fundacional y del silencio paleozoico, concretamente silúrico, con su poética legendaria y su literatura geológica cargada a veces también de poesía.

La formación y sus alrededores no tienen relevancia especial para los geólogos, que no han dejado de visitarla desde mediados del siglo XIX, pero para los apenas iniciados en los avatares de las cortezas terrestres, resulta atractivo encontrar tras esta roca y el terreno circundante términos relacionados con el magma, el volcanismo, la cuarcita o el *pórfido riolita*, *ofita* o *diorita*, referidos a la «roca eruptiva, granosa, formada por feldespato y un elemento oscuro, que puede ser piroxeno, anfíbol o mica negra», como define el diccionario académico la palabra *pórfido*, lo que unido al nombre de *castillo* y la belleza silenciosa del entorno hace acrecentar un atractivo inexplicable hacia este espacio; o bien descripciones del entorno como la que hace el ingeniero zaragozano Santiago Rodríguez (1851) al señalar que «entre el Castillo y Noguera la cuarcita se halla tan impregnada de óxido de hierro que se la podría comparar a una esponja empapada de sangre». Todos los alicientes de lo arcádico y lo legendario, de las entrañas más remotas, se dan cita en este enclave apartado constituido por rocas volcánicas entre las cuarcitas y las pizarras que los mapas geológicos –con su cromatismo exótico– colorean de un rojo que no sabría ahora describir con exactitud.

La roca así llamada recuerda desde la lejanía la figura de un castillo «por la semejanza que con las cortinas almenadas de una fortaleza» posee, según apuntaba ya el ingeniero de minas Daniel Cortázar (1885) en su bosquejo físico-geológico y minero sobre esta comarca. La explicación del topónimo resultaba ya entonces satisfactoria. El término *castillo* sirve para bautizar numerosos parajes a lo largo de la toponimia española. El apelativo *castillo* o compuestos además de ‘fortaleza’ o for-



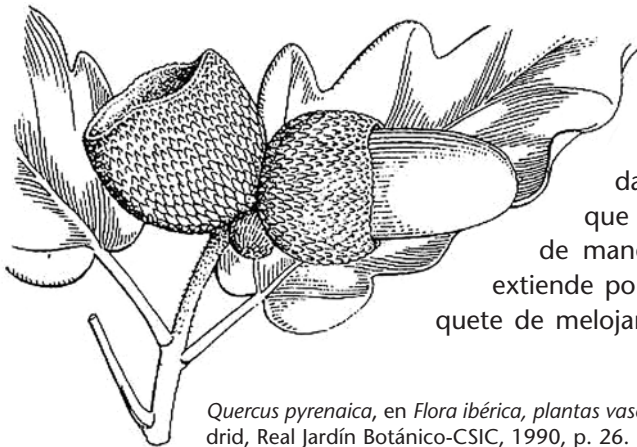
Detalle del *Castillo* (primavera, 2016).

tificación se extiende metafóricamente a la forma peculiar de algunas elevaciones rocosas, así como frecuentemente designa en la toponimia española lugares donde se encuentra algún tipo de yacimiento prehistórico¹. Así, sin salir de la Sierra, encontramos el topónimo *Castillo*, sus derivados y compuestos, en formas como *Castillejo*, *Castilfríos*, *Castelríos*, *la Peña del Castillejo*, *Castellar...*, vinculados algunos de ellos a restos de yacimientos arqueológicos, y otros a fortalezas que llegó a haber en las partes altas o cumbres, y permanecen incluso como topónimos urbanos (ca-

¹ Francisco J. Casillas Antúnez, *La toponimia de la Tierra de Coria* (II), Cáceres, Universidad de Extremadura, 2008, p. 676; y A. Llorente Maldonado, *Toponimia e historia...*, Granada, Universidad de Granada, 1970, p. 11.

lles del Castillo, Castillo Alto, Castillo Bajo, Subida al Castillo (Frías Orihuela, Saldón, Tramacastilla...), sin obviar su sentido metafórico, como ocurre en este caso. Sin embargo, cabe destacar que también en este caso se corresponde la denominación con la existencia de un yacimiento con materiales del Bronce y otros de época indeterminada. De ahí que en este caso la referencia a un antiguo poblamiento en sus cercanías coincida además con una peculiar forma de la roca que preside este paraje. Según Octavio Collado (1990), las rocas efusivas del entorno servirían de cantera para la realización de molinos barquiformes o circulares en época prehistórica e ibérica. En la documentación antigua relativa al término de Noguera encontramos el topónimo *Castiello* en la mojonación de unas dehesas de 1378: «e aun fiere en el Castiello según que esta mojonada la dita defesa», «et vistos por ojo los mojones de la defesa llamada el Castiello»². En cuanto a la forma que presenta el sufijo (-iello por -illo), cabe decir que el resultado arcaizante mostrado es el habitual en la documentación aragonesa de la época, evolucionando más tarde al -illo actual. No podemos asegurar que estos *castiellos* del documento correspondan al paraje descrito, pero al menos queda constancia de esta forma toponímica (*castiello*, antecedente de *castillo*) en la zona que nos ocupa.

Hay junto a la roca una apacible zona recreativa con fuente de agua siempre bulliciosa que acaba rellenando una balsa para posibles emergencias contra incendios; y además todo el silencio para recrearse en el paisaje que rodea este enclave serrano. Al otro lado de la carretera y un poco más abajo, otro manantial sirve para abreviar el ganado que a veces visita también el paraje, acrecentando así, si cabe, de bucolismo el ya reinante junto al Castillo.



Entre el paisaje vegetal destaca el pino silvestre y la *quercus pyrenaica*, una variedad de roble similar al rebollo, que recibe el nombre de *melojar* o, de manera más popular, *merojar*. Se extiende por estas latitudes el mejor bosque de melojar serrano, con las cortezas de

Quercus pyrenaica, en *Flora ibérica, plantas vasculares de la Península Ibérica*, t. II, Madrid, Real Jardín Botánico-CSIC, 1990, p. 26.

² Mojones de las dehesas de Noguera, 1378 (copia de 1790), en J. M. Berges, *Actividad y estructuras pecuarias en la Comunidad de Albarracín (1284-1516)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2007, p. 1091.

esta especie repletas de líquenes y hojas encendidas en el otoño, de las que nos ha dejado una buena muestra fotográfica José Lahoz, *Drakis*, y algún texto sincero sobre este enclave serrano. Y varios miradores, unos hacia la Garganta que discurre por la parte baja y otros hacia el Puerto y Peña Blanca, permiten deleitar la vista y el espíritu durante el tiempo que soportemos esta soledad de la naturaleza. Aunque hay que reconocer que en esto del deleite hay que venir predispuesto a ello y contar con la ventura de no darnos de bruces con un grupo senderista o pedestre trillando el camino, degustando las emociones –con *selfi* incluido o no- que aquí se pueden hallar, o intentando escuchar la berrea cervuna que también se puede percibir si prestamos un poco de atención (más silencio) desde estos parajes. Cuestión de estado anímico, pues, y de no venir con prisas y con el ánimo calmado, que falta hace para no desentonar en estos andurriales y derrumbar en un amén su idiosincrasia.

Oriol Riba (1959), al describir las cuarcitas y pizarras que forman la corteza de esta tierra, emplea términos como *gris herrumbroso, verdosa, negra ligeramente verdusca, blanca, verde oliva, o gris rosada, y arenisca cuarcitosa sacaroidea, geoda ampelítica, graptolífera...* Otros científicos añadirán términos como *vulcanita pérmica*, o «islote de diorita», toda una poética del detalle geológico para describir la esencia del terreno, de sus recónditas entrañas.

La proximidad a un camino relevante facilitó tempranamente su conocimiento y acceso a viajeros interesados del siglo XIX. De estar apartada en las entrañas de la Sierra, quizá nos hubiéramos quedado sin sus descripciones primarias. Desde mediados del siglo XIX, la peña es visitada por ingenieros de minas y geólogos, y destacada su esencia porfídica, volcánica y remota, es decir, su composición oscura y con cristales de feldespato y cuarzo, huella de antiguo volcanismo, algo que los geólogos no han considerado como verdaderamente sorprendente o relevante, pero que a los no iniciados en estas cuestiones nos resulta tremendamente sugerente, como apuntamos anteriormente. Nos extraña que no tenga esta peña el renombre que tienen otros parajes serranos de relevancia geológica ni sea parada frecuentada en este tipo de rutas por la geografía física de la Sierra; de ahí que resulte menos visitada. Sin embargo, acumula literatura e imágenes arcaicas y arcádicas de remota geología y belleza.

Las observaciones de S. Rodríguez, para quien «no sería aventurado referir a la erupción de esta roca los terremotos que con frecuencia se experimentan en aquella comarca y particularmente en Noguera, Bronchales y Orihuela», serán recogidas poco más tarde en la *Crónica general* de P. Pruneda (1866). De las rocas eruptivas da cuenta también el gran geólogo francés de la época Eduard de Verneuil (1853), que visita la Sierra por estos años y confirma los apuntes geológicos señalados por el ingeniero zaragozano S. Rodríguez. Más tarde las panorámicas generales sobre la

gnosis de Teruel de Vilanova y Cortázar volvieron a los pórfidos del *Castillo*. El valenciano J. Vilanova dibujaría casi con trazo de escolar uno de los primeros cortes geológicos de la zona (1863) después del de Breuil y Collomb (1853), apenas visible, a los que seguirían los del padre Leonardo Calvo (1895) y los de Oriol Riba.

La primera imagen fotográfica nos la deja Pedro Ferrando (1906) en su excursión geológica a Albarracín. Presta este atención al nombre dado, al señalar que «al contrario de lo que pudiera creerse por el nombre que le ha puesto el vulgo no es más un serrijón de roca porfídica y que visto a cierta distancia algo de parecido tiene con un murallón derruido». Le seguiría en esto de retratar el castillo F. López Segura. Lo hará en blanco y negro sin perder de vista la majestuosidad de la roca.

Más tarde llegarían geólogos de la escuela alemana y de otras latitudes, que seguirían observando las cortezas de la Sierra, y otros que analizarían las propiedades de la roca, su composición química. Todos quisieron saber sobre estas manifestaciones magmáticas de la zona; hubo incluso quien dedicó su tesina o memoria de licenciatura a las rocas volcánicas de Noguera (Luis F. Auqué, 1986). Nos dejaron suculentos artículos científicos, aunque algo complejos y de largo título, sobre estos restos volcánicos, como el titulado «Enclaves con espínela-corindón-sillimanita en rocas andesítico-dacíticas (Noguera, Sierra de Albarracín. Teruel)», para mí todo un homenaje a las profundidades geológicas y minerales de semejante paisaje, que cobra así mayor dimensión si cabe a través del lenguaje metódico de estos investigadores.

232

SOCIEDAD ARAGONESA

A pesar de ser indudablemente una roca eruptiva la que constituye esta formación, se observa que su masa está más ó menos dividida en lajas ó estratos, planos en unos sitios y encorvados en otros; lo que podría tal vez explicarse por la presión enorme que debió sufrir al depositarse las cuarcitas silurianas, que seguramente son posteriores á la erupción

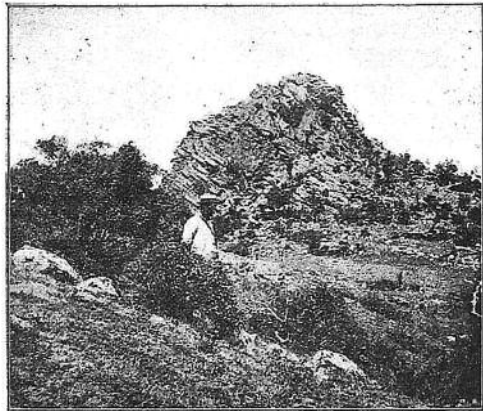


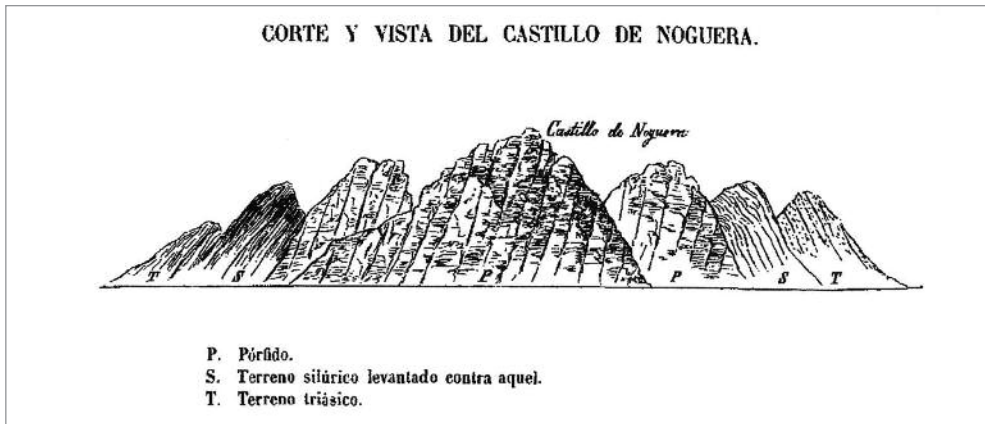
Fig.ª 3.ª Castillo de Noguera

porfídica, según se deduce de las relaciones estratigráficas que con ella guardan.

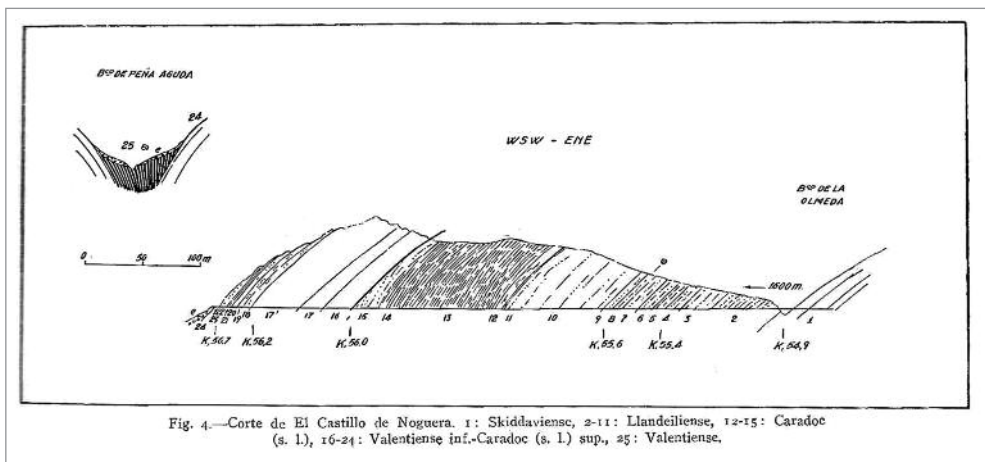
Y habiendo llegado ya al sitio en donde terminaron las exploraciones geológicas realizadas en tan agradable excursión daré aquí fin á la presente narración dedicando un saludo cariñoso á todos los compañeros de la misma, y dejando para otros artículos la publicación de los fósiles y rocas encontradas.

(Continuará).

Página del artículo de P. Ferrando (1906, p. 232).

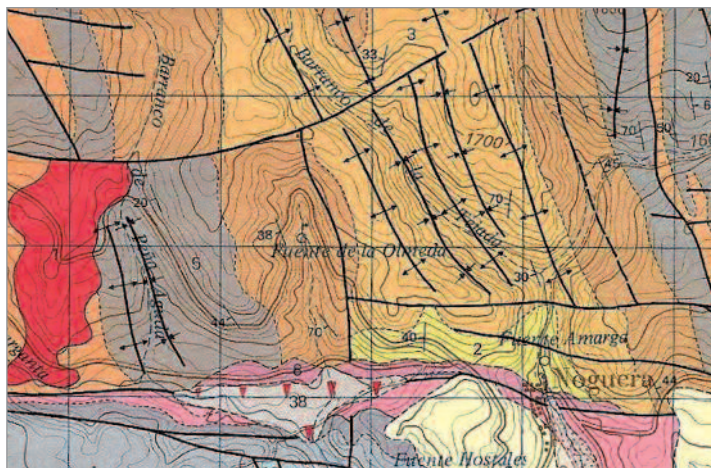


Corte de J. Vilanova (1863, p. 126).



Corte de la zona, en O. Riba (1959, p. 58).

Desde hace años, jóvenes holandeses de piel muy blanca se tuestan al sol serraño del mes de junio desgarrando cortezas terrestres de nuestra peña y zonas próximas para poder concluir con mérito su carrera universitaria como geólogos. Se sumergen en estas sierras tan geológicamente distintas a su Holanda natal, pero guardarán una mirada dulcemente remota, supongo, de estos canchales tan viejos como el mar, tan viejos como el vértigo de su edad, entre cuatrocientos y quinientos millones de años, que no son pocos. Es decir, de cuando estas tierras no eran de aquí ni de allá ni tampoco de nadie, eran pura emergencia terráquea difícil de imaginar desde nuestros días.



Detalle del mapa geológico del IGME (1985).
A mitad de la mancha rojiza queda nuestro castillo.

En los alrededores del *Castillo* hay asimismo un yacimiento de fósiles paleozoicos. Por aquí quedan restos de los graptolitos del silúrico entre las pizarras arcillosas, cuyo colorido blanco contrasta con el profundo negro de las pizarras, o del *trilobite trinucleus*, hundido y atrapado en los abismos marinos de esta parte de la Sierra³.

Para aclarar mejor en qué consiste científicamente nuestra roca o pitón de roca riolita, de edad pérmica, pues no dispongo de conocimientos precisos de geólogo, recurro a la descripción pedagógica que se hace en la guía de la Red Natural (2007, p. 57), en la que se marca este entre los lugares de interés geológico de la Sierra con el nombre de «Riolitas de Noguera»:

Las riolitas son rocas de origen volcánico que contienen una proporción alta de cuarzo y más feldespatos alcalinos que plagioclasas. Esta antigua chimenea volcánica se encaja atravesando cuarcitas y pizarras paleozoicas de edad más antigua (silúricas) y por su mayor dureza marca un resalte en el terreno. La textura de la roca es más cristalina en el centro del conducto que en sus bordes por la diferencia en el tiempo de enfriamiento de la lava, que en el centro fue superior y por lo tanto se pudieron formar cristales más grandes.

En cualquier caso, para el hombre serrano aquí no hay más que alturas, monte y pasto, además de hielos y rocas, y un silencio casi infinito, no necesita de nom-

³ R. Sáez, «La paleontología en la Sierra de Albarracín: I. Los fósiles del Paleozoico», en *Rehalda*, 3, pp.103-113.

bres específicos como los que la geología dispone al analizar con microscopio estas capas de la Sierra: diferentes perspectivas de una misma realidad que con frecuencia se entrecruzan al abordar paisajes serranos de semejante textura.

Por otra parte, las guías camineras, senderistas o turísticas no suelen marcar este punto como zona privilegiada de correrías y andanzas o de parada obligatoria –miel sobre hojuelas, para no engañarnos–. Entre las escasas obras divulgativas señalaremos las de Fombuena (1980), De Jaime (1996), Artigot *et al.* (2007), Valdelomar y Gil (2009), o la de Sendarrubia y Vázquez (2012).

EPITAFIOS EN LA PAZ DEL CASTILLO

Una sencilla cruz de hierro, cercana al aparcamiento del área recreativa, nos recuerda la muerte de Abel López Martínez en agosto de 1953 («tus familiares» reza el final de la inscripción). La vida dallada a destiempo también queda patente unos kilómetros arriba, hacia el Puerto, donde una inscripción recuerda que en ese lugar del camino murió Serafín González González un 10 de septiembre de 1920; «RIP. Su esposa, hijos y padres», así concluye este recordatorio más allá del *Castillo*, casi a las puertas del Puerto (valga la redundancia).

Y aquí también, en estas alturas, idea Federico Jiménez el epitafio-poema para *Abdelmélíc Ben Hudail Ben Razín* («Epitafio para su tumba en la Roca del Castillo de Noguera») con el que cierra su poemario *Diván de Albarracín* (1982, p. 52):



El *Castillo* (primavera, 2017).

Aquí llegó mi paso
subió mi cuerpo y descansó mi alma
de lo que no es la muerte.

Añade Jiménez en las notas a sus poemas que es este «ciertamente un lugar para buscar el reposo final en la contemplación de la alta sierra y aún para acabar un libro o rendirlo a las sensaciones que le dieron vida. Como recordando aquel verso de nuestro Jorge Manrique. *Dio el alma a quien se la dio*» (p. 66). No es para menos lo que concierne el lugar y su calma remota.

Además de epitafios y versos, alguna leyenda -poco escrita o documentada- acrecienta la profundidad figurada de esta peña o castillo. Ricardo Fombuena, tras el tránsito iniciático por estos parajes, nos cuenta que un día se creyó «hueca y habitada esta roca», dejándonos una inquietante duda ante semejante fantasía propia de las leyendas y consejas. Poco más añade, casi treinta años después, uno de los autores del cuaderno de rutas sobre la localidad de Noguera (2009), quien recuerda que «una leyenda popular que escuché de crío contaba que en la peña del Castillo los moros tenían un tesoro escondido y su interior era una enorme gruta». También Collado señala la existencia de una leyenda en torno al *Castillo*, aunque sin aclarar nada más. No es de extrañar que semejante entorno y peña motivaran historias fantásticas como estas y, sin embargo, no tengamos apenas constancia de ellas, como las que encontramos en lugares cercanos como Albarracín, Bronchales o Griegos. Cada cual puede ante este reducto poético imaginar historias, cuentos o paisajes más propios de una leyenda que de la realidad amarga que aquí más de un serrano hubo de soportar.

Muchas veces he paseado por los alrededores de este paraje sumergiéndome en la soledad de la roca y del bosque que la rodea, en atardeceres en que la feraz primavera rompe por los cuatro costados de este espinazo cuarcítico o tras la lluvia de cualquier otoño que aviva aroma y colores, o entre las nieblas de invierno o el calor plomizo de agosto. A veces, también es cierto, me he retirado con premura ante eventos que las nuevas costumbres deportivo turísticas nos han traído aquí el ruido desaforado y el trasiego tan ajenos a la personalidad del lugar; sin embargo, su textura y hondura sigue siendo la del silencio geológico y remoto como lo es la belleza natural, y vuelve a ese estado primigenio «por no hacer mudanza en su costumbre», que diría Garcilaso. Entre Bronchales y Noguera percibe José Albi los silencios «que aquí alcanzan una profundidad escalofriante» (1977, p. 96). Escalofriante, sí, así es al menos uno de los sentimientos que percibimos en estas apartadas soledades de la Sierra de Albarracín.

Aquí dejamos reposar a Abdelmélíc Ben Hudail Ben Razín y su pena rocosa, y a quienes perdieron la vida en la proximidad de este farallón entre las rocas eruptivas

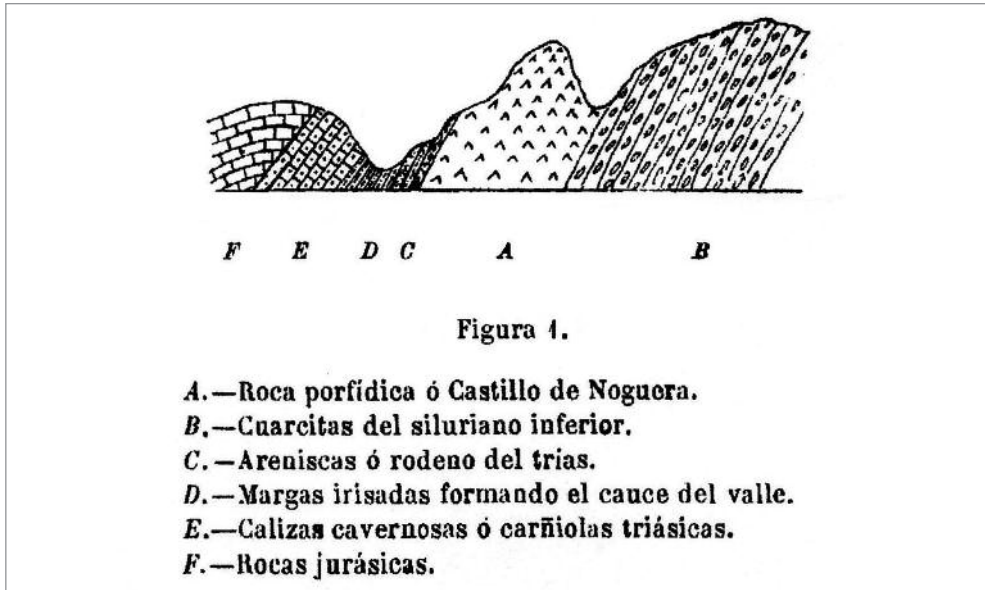


Figura 1.

- A.**—Roca porfídica ó Castillo de Noguera.
- B.**—Cuarcitas del siluriano inferior.
- C.**—Areniscas ó rodano del trias.
- D.**—Margas irisadas formando el cauce del valle.
- E.**—Calizas cavernosas ó carñiolas triásicas.
- F.**—Rocas jurásicas.

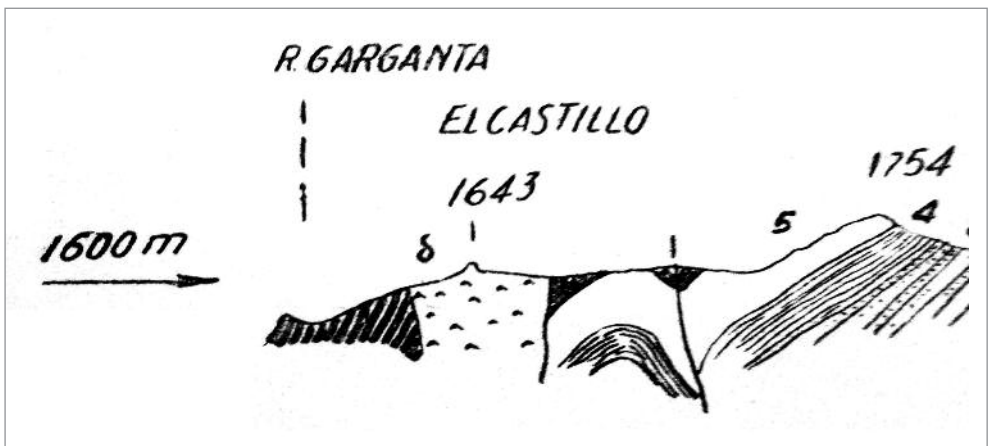
L. Calvo (1895, p. 320).

que sustentan cuarcitas y pizarras lejanas, en el prodigioso *Castillo* de Noguera, parte de nuestro patrimonio geológico y más natural, por no decir, también, sentimental, con sus mil y una aristas y perspectivas.

BIBLIOGRAFÍA

- J. Albi, *Albarracín y su serranía*, Madrid; León, Everest, 1977.
- Pedro M. Artigot (coord.), *Sierra de Albarracín*, Zaragoza: Gobierno de Aragón; PRAMES, 2007 (*Red Natural de Aragón*; 20).
- L. F. Auqué, *Las rocas volcánicas de Noguera de Albarracín (Teruel) y sus enclaves metamórficos*, tesis de licenciatura, Universidad de Zaragoza, 1986.
- L. F. Auqué, V. Sánchez Cela y A. Aparicio, «Enclaves con espinela-corindón-sillimanita en rocas andesítico-dacíticas (Noguera, Sierra de Albarracín, Teruel)», *Estudios Geológicos*, 43, 1987, pp. 137-139.
- L. Calvo, «Geología de los alrededores de Albarracín (Teruel)», *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*, t. XX, 1895, pp. 319-348.
- O. Collado Villalba, *Introducción al poblamiento de época Ibérica en el Noroeste de la Sierra de Albarracín*, Teruel: Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, Colegio Universitario de Teruel, 1990.

- D. de Cortázar, «Bosquejo físico-geológico y minero de la provincia de Teruel», *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*, XII, 1885 pp. 263-607
- P. Ferrando, «Observaciones geológicas de la Excursión a Albarracín», *Boletín de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales*, 5, 1906, pp. 222-232.
- R. Fombuena Vidal, *Pinceladas por la Sierra de Albarracín*, Madrid, Vassallo de Mumbert Editor, 1980.
- Ch. de Jaime Lorén, *Paisaje protegido de los pinares del Rodeno y Sierra de Albarracín: 22 itinerarios a pie*, Zaragoza, Prames S. A., 1996.
- Ch. de Jaime y Rodrigo Pérez, *Guía de la naturaleza de la Sierra de Albarracín*, Zaragoza: Prames, 2006.
- F. Jiménez Losantos, *Diván de Albarracín*, Madrid, Trieste, 1982.
- M. Lago, A. Gil-Imaz, A. Pocovi, E. Arranz, J. Bastida, L. Auqué, y M. P. Lapuente, «Rasgos geológicos del magmatismo autuniense en la Sierra de Albarracín (Cadena Ibérica occidental)» *Cuadernos de Geología Ibérica*, 20 (1996), pp. 139-157.
- P. Pruneda, «Crónica General de la Provincia de Teruel», en *Crónica General de España, ó sea Historia ilustrada y descriptiva de sus provincias, sus poblaciones más importantes y posesiones de Ultramar*, v. XIII, Madrid, A. Ronchi y cia., ed., 1866.
- S. Rodríguez, «Efectos observados en Albarracín y otros pueblos de su partido donde se han experimentado con mayor intensidad los terremotos acaecidos en el otoño de 1848», en *Revista Minera*, t. II, 1851, pp. 461-473.



Detalle del corte de O. Riba (1959, fig. 10, pp. 98-99)

- O. Riba Arderiu, *Estudio geológico de la sierra de Albarracín*, Madrid, CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas); 1959.
- J. M. Sendarrubia y Á. Vázquez, *Sierra de Albarracín: 20 rutas*, Madrid, El Senderista, 2012.-
- Tragacete: Mapa Geológico de España*, E. 1:50.000, Madrid, Ministerio de Industria y Energía, Instituto Geológico y Minero de España, 1983.
- J. Valdelomar y Eva Gil, *Rutas de Noguera: garrote, boina y morral*, s. l. [Valencia], 2009.
- E. de Verneuil y E. Collomb, «Coup d'œil sur la constitution géologique de quelques provinces de l'Espagne», *Bulletin de la société géologique de France*, 10, 1853, pp. 61-147.
- J. Vilanova y Piera, *Ensayo de descripción geognóstica de la provincia de Teruel en sus relaciones con la agricultura de la misma*, Madrid, Imp. Nacional, 1863.
- B. Zapater y M. Korb, «Catálogo de los lepidópteros de la provincia de Teruel y especialmente de Albarracín y su sierra», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XII, 1883.